

ESQUILO

LA

ORESTÍADA

Versión
Luis García Montero



AUSTRAL

ESQUILO

LA ORESTÍADA

Versión de Luis García Montero



AUSTRAL

TUSQUETS
EDITORES

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luis García Montero, 2019

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S. A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía
Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Jero Morales
Primera edición en Austral: febrero de 2019

Depósito legal: B. 28.961-2018
ISBN: 978-84-9066-647-0
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

I

Agamenón

(Primero una sombra en la oscuridad. Luego se impone la historia en carne y hueso de una mujer. Sola ante una inmensidad tan poblada de huellas y fantasmas como despoblada de complicidades. Sola y fuerte. En esa situación, la sorpresa es al mismo tiempo un deseo y un miedo.)

CLITEMNESTRA

Por fin, ahí está la luz. Una noche, dos noches, un mes, otro, otro, casi una vida aquí, en estas piedras, vigilando el horizonte.

Malditos dioses, nunca os cansáis de jugar con los humanos.

Las estrellas han abierto muchas veces sus ojos, los ojos del tiempo, para vigilar conmigo.

La lluvia, el viento, el frío y el calor han subido para abrazarme en mi llanto. Infeliz como ninguna, Clitemnestra, madre de una hija asesinada por su padre. Herida, rota, fuerte en mi desgracia, esposa abandonada..., ya no necesito la compasión de los dioses.

Ahí está la antorcha que anuncia lo esperado.

Agamenón ha vencido, regresa a su patria y a su casa después de arrasar Troya.

Lo dice el resplandor de las hogueras acordadas. Saltan como ciervos de oro por encima de los bosques y las aguas del mar. Las llamas son una lengua que propaga la noticia.

El soberano vuelve después de haberse ganado la voluntad de los dioses. Sacrificó a la doncella más dulce.

Que la crueldad arroje la luz sobre la inocencia degollada. Que la violencia responda a la violencia. Que un buey enorme pise la lengua de lo que debe mantenerse en secreto y que los dioses se sigan divirtiendo con nosotros.

La ciudad me escucha. Conozco su murmullo.

¿Qué puedo hacer? Ordenar sacrificios en todos los altares.

(Se va CLITEMNESTRA y aparece el CORO frente a la entrada del Palacio. Se trata de un exterior en el sentido más radical de la palabra. Más que un valor en sí mismo, supone lo que está fuera, el lugar hasta donde pueden llegar los que no van a entrar a un interior negado. Un hombre cojo, ancianos, una prostituta, un niño, mujeres que esperan noticias de la guerra... Se cruzan sus voces.)

CORO

Una escuadra con mil navíos zarpó hace diez años en contra de Troya. Cuando Elena traicionó a Mene-

lao y huyó con Paris, los buitres del odio abrieron sus alas.

Allí estaban Apolo, Pan y Zeus para comprender la furia del esposo abandonado.

Nadie debe violar la hospitalidad generosa.

Llegó el tiempo de los combates y los sacrificios para castigar el delito de una mujer que se atrevió a ser esposa de dos hombres. Los soldados fueron llamados. Tiempo de cansar los brazos y de morder la tierra.

Los viejos no son útiles en una expedición vengadora. Nos quedamos aquí con nuestros bastones y nuestros cuerpos humillados por la decrepitud.

La prudencia que dan los años se inquieta ahora con los apremios de la reina Clitemnestra.

Las cosas sucederán como deban suceder según haya decretado el destino. ¿Qué prisa tiene? ¿Por qué enciende el fuego de tantos sacrificios sin esperar a que un heraldo confirme la noticia? Son convocados todos los dioses de la ciudad, los del cielo y los subterráneos, los de las casas y los de Palacio.

¿Quién puede saber si en los altares se quema una angustia o una esperanza?

ANCIANO

No aspiro a adivinar los pasos del mundo, pero el otoño se lleva las hojas que hizo brotar la primavera.

El poder de persuasión de mis palabras descansa en lo que he visto.

Por fortuna la voluntad del destino o de los dioses me ha hecho llegar a la vejez.

Sé que las visiones de los adivinos guardan sombras y respuestas en el otro lado de la luna.

Los adivinos de Agamenón y Menelao vieron dos águilas que devoraban una liebre preñada. Con este signo de victoria los ejércitos se lanzaron contra la ciudad del enemigo.

La victoria se ha cumplido.

Pero entono un canto de duelo porque la venganza engendra venganza y los sacrificios antiguos exigen sacrificios nuevos.

Deseo que el bien consiga triunfar; es mi esperanza, aunque sé que los vientos contrarios no sólo paralizan los barcos, sino el corazón de los humanos. Hay querellas en las familias que pueden quemarlo todo.

Una mujer llega incluso a perderle el respeto al marido.

La saña tiene buena memoria cuando se trata de vengar la vida de una hija.

Junto a los grandes bienes, nace la sombra.

CORO

Ninguna salvación resulta posible al margen de la voluntad de Zeus. Sólo él puede expulsar la angustia de nuestro pecho.

Zeus ayuda a los hombres cuando les enseña el camino de la obediencia.

Esta es la ley: sólo se adquiere la sabiduría con el sufrimiento. A todos nos llega la hora de ser prudentes. Hacemos bien en escuchar la voz de los dioses cuando nos llaman con violencia.

Las tropas sufrían sin poder hacerse a la mar a causa de los vientos contrarios.

La demora acababa con los víveres y con la moral del ejército.

¿Qué pudo hacer el rey Agamenón para salvar sus naves de la catástrofe?

Obedeció al adivino que reclamaba el sacrificio.

Nadie supo contener el llanto.

El rey se levantó para sacrificar la vida de Ifigenia. Sólo la sangre de su hija podía aquietar la furia de los vientos y los dioses.

Sí, fue lícito y conveniente degollar a una doncella para evitar la destrucción de nuestro ejército.

Lo exigían nuestros aliados.

¿Qué otra cosa pudo hacer?

ANCIANO

Espero que fuese para bien.

¿Qué voy a decir yo? Que responda Zeus, o quienquiera que sea, si así nos place llamarlo.

He visto muchas veces calmarse el mar, y en muchas ocasiones he oído llamar necesidad al yugo con el que nos gusta someternos al destino.

La funesta demencia se apodera de los mortales, causa sufrimientos y se convierte en consejera de decisiones graves.

Agamenón tuvo la osadía de convertirse en el inmolador de su propia hija para ayudar a su escuadra y saciar el deseo de venganza.

Quiso participar en una guerra provocada por el rapto de una mujer.

CORO

Así lo mandaban los dioses.

ANCIANO

De nada sirvieron las súplicas, los gritos de «Padre, ten piedad», la ternura indefensa de una virgen.

El rey y sus jefes estaban hambrientos de batalla y de oraciones. «Aquí tenéis, dioses de la guerra, la vida de nuestra doncella más preciada.»

Los sacerdotes le taparon la boca con una mordaza para evitar que la maldición de la víctima cayera sobre su familia.

Pero yo oí esa maldición sin estar allí y sentí como temblaba el mundo.

¿No escuchasteis vosotros su maldición?

CORO

No hay freno ni violencia que sirva para detener las palabras nacidas de la desesperación.

ANCIANO

No hay memoria que olvide la mirada de una víctima. Mientras se quitaba la túnica, miró uno a uno a los que iban a sacrificarla. Los conocía a todos, podía llamarlos por sus nombres.